



DURANTE LA MAYORIA
DE LA HISTORIA
"ANÓNIMO"
ERA UNA MUJER



Cada día de clase era un nuevo reto para Miriam. Estaba cansada de cursar química con un profesor que no paraba de repetirle que no llegará a nada en su vida. Esa tarde llamó a Sam y Adrián, necesitaba despejarse un rato.

- Cuando llegues a casa nos avisas – dijo Sam a Miriam al despedirse.

Sam y Adrián eran sus mejores amigos. Vivían en el mismo edificio.

- Como siempre – contestó Miriam sacando las llaves de su portal.

Era uno más de todos los hábitos que, reflejaban los peligros de ir sola por la calle por la noche. Como también, mirar hacia atrás cada pocos segundos, caminar rápido para llegar cuanto antes a casa... Día tras día se anuncian nuevos casos de acoso o violaciones en cualquier parte. Miriam no es diferente al resto y repite cada una de esas costumbres como la mayoría de mujeres.

- ¡Guapa! – alguien gritó en la lejanía.

Un coche subió la cuesta y se perdió en la oscuridad.

Cinco minutos era el tiempo que separaba el paso de cebrá donde se despedía de Sam y Adrián hasta su casa. Lo suficiente para que una persona montada en ese vehículo le soltase un innecesario piropo.

Después de ese gran susto atravesó la carretera por donde este había pasado y llegó a la puerta de su portal. La abrió lo más rápido que pudo y se metió cerrándola a su espalda. Subió las escaleras de dos en dos, hasta llegar a la primera planta, donde ella vivía. Por fin en casa.

- Ya a salvo – se dijo nada más cerrar la puerta.
- ¿Dónde estabas?
- Joder mamá. Qué susto. Podrías tener alguna luz encendida por lo menos.

Bárbara, la madre de Miriam, no habló más y esperó la respuesta de su hija.

- Pues con mi grupo, con quién voy a estar - contestó Miriam tras el incomodo silencio de su madre.
- Es muy tarde, estaba preocupada. Además, te he llamado al móvil y saltaba el contestador. – replicó Barbara.

- Lo siento mamá, no tenía batería. – contestó desazonada.

Tras esa breve conversación entre madre e hija, Miriam se dirigió a su habitación. Se puso el pijama y se tumbó en la cama. No había pasado ni un minuto desde que había cerrado la puerta de un portazo. Después del catastrófico día no controló su fuerza, acabando con ese escandaloso ruido a las tantas de la noche. Apagó la luz pensando que así se dormiría antes, se equivocaba. A pesar de haberse despejado con sus amigos, no paraba de darle vueltas a las injusticias ocurridas ese mismo día. Finalmente consiguió dormirse.

Era domingo. Pronto por la mañana. Miriam caminaba rápido por las calles de Aranda hasta llegar a la Casa de las Bolas. Ahí había quedado con su mejor amiga para ver la exposición de cuadros hechos por habitantes de la Ribera del Duero, sobre la historia de las mujeres. Como siempre, Sam llegaba tarde.

Se exponían cuadros muy diferentes. Varios de ellos eran retratos de mujeres importantes en la historia, otros representaban días históricos como la lucha por el sufragio femenino, las huelgas de mujeres en el sector textil, manifestaciones del ocho de marzo en diferentes ciudades... Sin embargo, una de las cosas que más le llamó la atención fue la cantidad de retratos de Frida Kahlo.

- Oye Sam, fíjate en esa chica. ¿no se parece demasiado a Frida? – preguntó Miriam, señalando con la cabeza a una visitante que estaba observando un retrato.
- ¿Qué dices? Hemos visto tantos cuadros de ella, que ya la ves hasta donde no está – rio Sam. – Oye, está ahí mi tía, voy a saludarle, ¿vale?

Sam se alejó, no obstante Miriam no podía dejar de mirar a esa chica tan parecida a Frida Kahlo y poco a poco se fue acercando a ella.

- Buenos días, Miriam, ¿te gustan mis cuadros? – preguntó esa mujer.
- ¿Frida? – preguntó Miriam consternada.
- La misma en persona – contestó la famosa artista con una sonrisa.

Miriam no entendía nada. Estaba hablando con una de las mujeres más importantes de la historia. Una pintora que representaba sus defectos como una firma personal.

- No te extrañes, solo he venido a charlar contigo – dijo rápidamente Frida Kahlo al ver la cara de confusión de la adolescente. Antes de continuar con el mensaje, le aclaró – nadie más que tú puede verme.
- ¿De qué se trata?
- Quiero recordarte que a veces deberíamos podernos ver con otros ojos. Enamórate de ti, de la vida. Y luego ya de quien tú quieras.

Miriam sonrió mientras reconocía perfectamente esa frase que salió por su boca. ¡Le estaba hablando Frida Kahlo! Ni en sus mejores sueños.

- Me gustaría que me hicieras un pequeño favor. No sé si podrías entregar uno de mis retratos a una vieja amiga. Se encuentra en una de las bodegas de esta ciudad – continuó la pintora.
- Por supuesto – contestó amablemente Miriam- pero aquí hay muchas bodegas. ¿Cómo voy a encontrarla?
- Tranquila, la encontrarás rápidamente. Busca entre la iglesia San Juan y la de Santa María – indicó. – Por cierto, en el barrio de Santa Catalina he visto unos murales preciosos. Una pista de donde puede ser. Te gustará.

En ese momento Frida Kahlo le entregó el cuadro que Miriam tenía que trasladar hasta la bodega, y por arte de magia desapareció de la exposición.

- ¿Qué haces con ese cuadro? – preguntó de repente Sam en su espalda.
- Vamos, Sam. Tenemos que ir hacia Santa María – contestó Miriam, yendo rápido hacia la puerta de salida de La Casa de las Bolas.

Ambas amigas salieron del edificio, y caminaron juntas en dirección a la iglesia.

- ¡Mira Miriam! ¿Has visto ese mural? ¡Qué pasada! – dijo Sam muy emocionada.

Era increíble. Un mural lleno de mujeres históricas que han contribuido en la lucha por la igualdad. En el medio, había una puerta.

Miriam y Sam la abrieron y bajaron las húmedas y oscuras escaleras para llegar al sitio que Frida le había indicado.

- En una fiesta aquí no necesitaríamos hielos. ¿De quién es? – saltó Sam.

Miriam le mandó callar, necesitaba saber por qué la pintora la había enviado allí.

- Vale, vale – se mosqueó su amiga – Me voy a subir a fumarme un cigarro, nos vemos luego arriba.

Sam subió las escaleras y se perdió de vista. Miriam parecía encontrarse sola en esa silenciosa bodega.

- Hace frío... ¿Verdad, Miriam? – sonó una voz femenina detrás de ella.

Miriam se giró rápidamente. Se había asustado. Ahí encontró a dos mujeres alrededor de una mesa. Juraría que eso antes no estaba allí.

El rostro de una de esas mujeres le resultaba muy familiar, pero estaba demasiado nerviosa como para reconocer a nadie.

- Me presento, soy Ruperta Baraya y ella es Mencía González, y fuimos dos mujeres relevantes en la historia de Aranda. – contestó la mujer que ya había hablado en un principio.
- ¿Ruperta Baraya?
- Sí, ¿Te suena mi nombre?
- Sí, bueno – dudó - sé que has sido una mujer importante en Aranda, y creo recordar que contribuiste en el hospital de nuestra ciudad. Además, pediste que, con el dinero donado, el número de camas del hospital fuese igual para hombres y mujeres. ¿No?
- Así es. Más o menos te sabes mi historia.

Miriam no salía de su asombro. En un intento de preguntar algo sobre su pasado, percibió que la otra mujer quería llamar su atención. Así pues, la miró.

- Ya que conoces la historia de Ruperta, quiero contarte ahora la mía – se adelantó la otra mujer. – Mi nombre es Mencía González. ¿Te suena?

Miriam sonrió débilmente.

- Siento decirle que no – se sonrojó mientras agachaba la cabeza.
- No te preocupes. Fui una médica del siglo XV, y me acusaron por ejercer esa profesión ilegalmente aquí, en la Aranda de aquel entonces. No obstante, era la única forma de ayudar a los arandinos, ya que las mujeres estábamos vetadas de estudiar en la universidad.

En ese momento hubo un incómodo silencio. Miriam solo quería abrazarlas. Sus historias acababan de convertirse en dos ejemplos a seguir.

- No puedo describir lo que siento ahora mismo gracias a vuestras palabras. Sois una referencia para todas. – pudo por fin contestar la adolescente.
- Lo que queremos conseguir con estas experiencias es demostrar que se puede dejar una pequeña huella siendo del lugar que seas. Nos gustaría ver como sigues contribuyendo a este movimiento tal y como lo has hecho hasta ahora. – añadió Ruperta.
- Incluso, nos gustaría concienciarte sobre la existencia de mujeres desconocidas o anónimas que, en alguna parte, han puesto su granito de arena como nosotras. Todas somos igual de importantes. – concluyó Mencía.

A Miriam se le escaparon un par de lágrimas al escuchar esas palabras de las ilustres arandinas. Recordó el favor que Frida le había encargado, el cuadro.

A continuación, le pidieron a la adolescente que las siguiera. Ellas también tenían algo para la pequeña feminista. Atravesaron la bodega entera hasta llegar a unas escaleras. Era un sitio muy insólito, estaba oscuro y no parecía que hubiera un fin. Ruperta, que iba en cabeza, abrió una minúscula puerta de metal.

- ¿Dónde estamos? – preguntó Miriam.

Las otras dos mujeres rieron

- ¿No te suena este lugar? – respondieron ambas a la vez.
- Esto es el interior de Santa María – se contestó ella misma a la pregunta.
- Así es. Un pasadizo secreto, no se lo cuentes a nadie, ¿vale? – confesó. Mencía a Miriam mientras le guiñaba un ojo – nosotras nos quedamos aquí. Tu sorpresa se encuentra en la plaza.

Miriam estaba conmovida. ¿Qué la esperaba en la plaza?

- Gracias por todo – gritó mientras se alejaba hacía la calle de la Miel.

En ese momento se acordó de Sam. ¡Estaba esperando en la puerta de la bodega por donde habían entrado! Encendió el móvil y vio un WhatsApp. Se había tenido que ir a casa. Miriam respiró aliviada.

Llegó a la Plaza Mayor de la ciudad. La gente caminaba a su alrededor, y Miriam no veía nada diferente, nada que le llamara la atención. No encontraba la sorpresa, así que anduvo hacia el centro mientras miraba a todos los lados.

- ¡Ey! ¡Aquí!

Achinó los ojos para centrar su mirada hacía la voz. Fue entonces cuando encontró a una mujer en el templete. Al principio se decepcionó un poco, no conocía a esa mujer, pero ipso facto, reconoció quien era.

- ¿Emilia Pardo Bazán? – preguntó Miriam - ¿Qué estás haciendo aquí?

Emilia era una de sus grandes referentes, no sólo por ser una luchadora feminista, sino que también siempre ha querido ser escritora.

La autora gallega decía que, si su nombre hubiera sido el de un hombre, su vida hubiese sido diferente. No se equivocaba. Luchó por igualar los derechos, oportunidades, voz y pensamiento de hombres y mujeres.

- Como ves, a lo largo de la historia las mujeres no han sido valoradas. La mayoría tenían que escribir de forma anónima o se ponían un pseudónimo masculino. Las cosas han cambiado. Quizás no tanto como debería. A pesar de todo, es importante seguir luchando y una buena forma es escribiendo.

La ilustre, le miró con orgullo y terminó:

- Yo hice historia como una mujer diferente de aquella época, y me gustaría ver como tú la continúas escribiendo. Tienes mi apoyo.

Tras esas emotivas palabras, la histórica escritora desapareció dejando humo negro en su ausencia. Poco a poco su alrededor desapareció, convirtiéndose en un fondo oscuro. La alarma estaba sonando. Todo había sido un sueño. Encendió su ordenador y empezó a escribir todo lo que había presenciado en él. Describió cada detalle y por supuesto dejó para el final una frase que, a partir de ese momento, tendría grabada a fuego para toda la vida.

“Las mujeres hemos escrito historia, incluso cuando se nos trataba de silenciar”